

ALFONSO M. ESCUDERO O. S.A.

ROBERTO HERNANDEZ

APARTADO DE LA  
REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA  
N.º 134

MUNICIPALIDAD DE MELIPILLA  
1966



Don Roberto Hernández  
1877-1966



## Roberto Hernández

Palabras dichas en el Homenaje que el 18 de mayo de 1966 le rindió la Ilustre  
Municipalidad de Melipilla

Melipilla, o, como quería el fundador, Logroño de San José de Milipilla, fue fundada el 11 de octubre de 1742, siendo corregidor de la región don Francisco Rosas y Ovalle.

Y cinco días después, el gobernador don José Antonio Manso de Velasco, a petición escrita del P. Francisco Aranívar, provincial, y posiblemente también a petición oral de sus amigos los PP. Caldera y Sobarzo, se concedía a los agustinos, a dos cuadras al oriente de la futura Plaza de Armas, una cuadra de terreno a donde trasladarían el convento de Perquilauquén.

Y tanta diligencia emplearon que su iglesia fue en Melipilla la primera que se construyó y sirvió, y su plazuela la primera plaza desde donde se podía leer un bando dirigido a los melipillanos.

Por esa prioridad agustina en Melipilla, no está mal que un agustino haga el elogio del melipillano ilustre que fue don Roberto Hernández Cornejo.

Hace unos treinta y aun cuarenta años, uno de mis quehaceres, en mis vueltas por Valparaíso, era pasar a la Biblioteca Severín a echar un párrafo con don Roberto.

Así, conversando con él y leyéndolo, aprendí a apreciarlo y quererlo.

Era de vieja cepa chilena.

Su padre, don Wenceslao Hernández, cabeza de una familia numerosa, fue promotor fiscal del departamento de Melipilla, regidor en diversos períodos, y en más de una ocasión alcalde de la ciudad.

Roberto Hernández Cornejo, hijo de don Wenceslao y de doña Natalia, nació en Melipilla el 18 de diciembre de 1877; y comenzó sus estudios en el Colegio de la Inmaculada Concepción, que dirigía en Melipilla doña Eloísa Brito.

Eran 118 niñas y 6 niños (don Roberto dice 5, porque se olvida de sí mismo). Los varoncitos fueron (aparte Roberto Hernández): Ramón Valdivieso, Alejandro Flores (distinto del galán), un señor Ortega, dos agricultores, y los seis desempeñaron con decencia la tarea que les cupo en la vida.

Los artículos necrológicos porteños sobre don Roberto dicen que, después de esos años infantiles en Melipilla, completó sus estudios en Santiago.

La verdad es que, cuando la prudencia de la época ¡y en Melipilla!, juzgó que no estaba bien que los varoncitos ocuparan bancos escolares junto a las niñas, Roberto Hernández siguió formándose solo, lo que lo obligó a estudiar más y a preocuparse más también de irse creando una biblioteca privada.

Esa biblioteca que su dueño, ayudado por la familia y los amigos, fue incrementando día a día en las distintas etapas de su tránsito por este mundo, fue la base de su educación secundaria, universitaria y especial.

Naturalmente, el muchacho no era perezoso: por el contrario, siempre tuvo hambre de aprender.

En una nota manuscrita, que seguramente me dio ante un requerimiento de mi parte, escribió entre signos exclamativos: "¡No es abogado!".

Su autodidactismo lo había dispensado del título profesional, y, al mismo tiempo, le había permitido intensificar sus preferencias de siempre.

Comenzó a escribir en un periódico local, *La Constitución*, a fines de 1894, a los 17 años.

Pero su inmersión en la tarea periodística data de 1899, en *El Deber*, de don Emiliano Figueroa Larraín, y luego, en enero de 1901, en *La Unión*, de don Miguel Cruchaga Tocornal, de Melipilla ambos periódicos.

*La Unión*, sobre todo, había sido un progreso en la técnica periodística de su pueblo. Pero no pasó del 18 de enero de 1902.

Eso permitió a don Roberto trasladarse a Santiago a reforzar más sus conocimientos, leer mucho y seguir aumentando su biblioteca.

Es curioso el destino de los dos *patrones* y amigos juveniles de don Roberto: don Emiliano iba a recorrer una peregrinación extraordinaria, desde la administración del fundo Chiñigüe, al Parlamento, el Ministerio de Estado y la Presidencia de la República; y don Miguel, desde el Parlamento y el profesorado universitario a la representación diplomática y la cartera de Relaciones Exteriores; y ambos, durante toda la vida, símbolos de paz y armonía en las situaciones difíciles.

En Santiago, don Roberto comenzó por vivir (1902) en casa de don Miguel León Prado, don Miguelito, cura de San Miguel.

Hasta que entró al *Chileno*, que, como decía don Enrique Delpiano, había sido el buque escuela del diarismo nacional.

Había proyectado y fundado *El Chileno*, en 1883, don Esteban Muñoz Donoso, sacerdote y escritor.

En 1900, el diario había pasado a ser propiedad de un equipo en que las cabezas más visibles fueron don Joaquín Echenique Gandarillas, don Nicolás González Errázuriz, don Juan Enrique Tocornal y don Enrique Delpiano.

Recordaba don Carlos Silva Vildósola:

“El diario era inspirado por don Joaquín Echenique, hombre de gran cultura intelectual, ingeniero muy aficionado a estudios

sociológicos, dotado de una perseverancia a prueba de dificultades y de una gran agudeza para entender a los hombres, todo ello unido a un desinterés absoluto. Lo asesoraba muy de cerca don Nicolás González, también muy inteligente, culto, en extremo bondadoso y más flexible y con más malicia que el señor Echenique. Los demás solían hacer observaciones y ayudaban a mantener el rumbo general, pero dejaban en manos de Echenique y González la verdadera dirección.

Pero el poder Ejecutivo de *El Chileno* era el administrador, don Enrique Delpiano, compañero de colegio de algunos de los propietarios, Cónsul de Chile en Bolivia durante algún tiempo, y a quien sus amigos dieron ese cargo cuando la caída de Balmaiceda lo obligó a regresar a Chile. Delpiano es una de las personalidades más interesantes y más originales que he hallado en mi vida de periodista. Tenía un talento vigoroso, un ingenio que caía sobre los aspectos ridículos de hombres y cosas, una pasmosa facilidad para hablar en retruécanos graciosísimos, enorme cultura literaria, clásica y moderna, sobre base de latín, y más adelante probó, además, una capacidad portentosa para administrar una industria y hacerla producir dinero. . .

Perseguíamos unos resultados que parecen paradójales: el diario muy culto, refinado en el estilo, pero consagrado al interés del pueblo, atrevido en la reforma social, pero opuesto a la anarquía; ingenioso y burlón, sin caer jamás en la licencia, la injuria o la alusión personal ofensiva. Y estas paradojas las realizó *El Chileno* bajo la inspiración inteligente de Delpiano y Echenique, desde que Díaz Garcés le dio la flor de su ingenio en la espléndida alborada de su talento literario.

“Lo llamaban el “diario de las cocineras” y era cierto que al volver del mercado cada una de ellas llevaba en la canasta, sobre las cebollas y lechugas, un número de *El Chileno*. Y a poco andar, nadie podía obtener un empleo en el servicio doméstico o conseguir una buena cocinera, niña de mano o cochero, si no avisaba en nuestro diario. Pero como el diario tenía las mejores

informaciones y los artículos más libres de presión política partidista y la más honrada aspiración, comenzaron muy pronto a tomarlo en cuenta y a leerlo y a considerarlo todos como una de las fuerzas de opinión que había en el país. Los grandes diarios no nos nombraron jamás. Nos miraban como el enemigo común. Los conservadores ortodoxos nos juzgaban peligrosos innovadores e indisciplinados. La autoridad eclesiástica vivía en constante zozobra, pero nos amparaba la amistad personal que cada uno de nosotros cultivaba con ese hombre de talento y gran cultura que fue el Arzobispo don Mariano Casanova. Los liberales y radicales nos consideraban una "sacristía picaresca", como dijo Roberto Hueneus en su libro *Sursum Corda*. El público compraba el diario y avisaba en él.

"Aprendimos mucho en *El Chileno* sus redactores de entonces. Había que escribir corto y claro. El público, en su mayoría de gente del pueblo, nos exigía brevedad y precisión, lenguaje transparente, artículos que de ordinario no pasaban de media columna del formato de los diarios de hoy. Yo tomaba los asuntos serios, política, economía, cuestiones sociales. Díaz Garcés escribía la crónica festiva de los sucesos del día y creaba ya el género de apuntes de costumbres, observaciones callejeras, charlas humorísticas que más tarde llevaría a la perfección. Y él y yo hacíamos crítica de teatro, de pintura y de música, comentarios de las noticias extranjeras y cuanto venía a mano" (*Retratos y recuerdos*).

*El Chileno* había llegado a ser el de mayor circulación entre los diarios de Santiago: 40.000 ejemplares que subían a 70.000 los días festivos, y costaba la mitad de los otros diarios: dos centavos y medio: una ficha.

Y alcanzó a tener ediciones en varias ciudades: Santiago, Valparaíso, La Serena, Iquique, etc.

Cuando Roberto Hernández llegó a ocupar la secretaría de redacción de *El Chileno*, ya Silva Vildósola y Díaz Garcés habían pasado a otros aleros, lo mismo que Echenique y González; pero todavía contaba con Pedro Belisario Gálvez, Heraclio Fernández,

el salvadoreño Alberto Masferrer, Luis Roberto Boza, Matías Soto Aguilar, el colombiano Juan Coronel, y tantos otros.

En los altos vivía don Enrique Delpiano.

En los bajos estaba la imprenta y junto a ella tenía pieza Roberto Hernández.

Apenas instalado, una de sus primeras preocupaciones fue el enriquecimiento de su biblioteca con obras de las que regalaba la Universidad de Chile, y además recorriendo la calle Bandera desde Compañía hasta Alameda, o sea, el barrio de los libros viejos en ese entonces.

Otra actividad suya fue la de colaborar en la preparación de aquellos famosos folletines de *El Chileno*, que alcanzaron a completar más de 200 títulos de obras escogidas, tanto nacionales como extranjeras.

El terremoto que el 6 de agosto de 1906 destruyó a Valparaíso, lleva a don Roberto a la dirección de *El Chileno* porteño.

Vuelve a Santiago en 1908, donde oye a Blasco Ibáñez, Ferri, Valle Inclán.

De nuevo en Valparaíso, donde lo encuentra la celebración del centenario de la primera junta de gobierno nacional.

Regresa a Santiago, y por tercera y última vez a Valparaíso, siempre en *El Chileno*, que deja el 15 de junio de 1915.

Ese mismo día el director de *La Unión* le ofrecía un puesto, que don Roberto aceptó inmediatamente.

*La Unión* de Valparaíso, gran diario que todavía sigue publicándose, había sido fundada en 1885, y corresponde, lo mismo que *El Chileno*, a esa serie de realizaciones con que los católicos respondieron a la política de don Domingo Santa María.

Y había tenido plumas como las de Zorobabel Rodríguez, Rafael Egaña, Alejandro Silva de la Fuente, José Ramón Gutiérrez, Roberto Peragallo, Misael Correa Pastene, etc.

Cuando Roberto Hernández entró a *La Unión*, la dirigía don Egidio Poblete Escudero, el ya famoso *Ronquillo*, y a su lado y



al de Fernando Silva Maquieira y su hijo Alfredo Silva Carvalho, iba a seguir Roberto Hernández en sus campañas de bien público y de justicia y en sus páginas de divulgación histórica.

De algunas de sus campañas periodísticas hay constancia en sus libros; pero tanto en *El Chileno* como en *La Unión* realizó muchas otras inolvidables, como las que sostuvo contra el impuesto al ganado argentino; la que logró que los polvorines portefños se cambiaran a un lugar alejado y seguro; sus respuestas a Belén de Sárraga, aquella vociferadora española que anduvo suelta por América; sus informaciones sobre los sucesos de Iquique en 1907.

Claro que también cometió planchas como una que él recordaba, entre regocijado y contrito: el homenaje fúnebre al obispo Fontecilla años antes que muriera.

Fuera de *El Chileno* y *La Unión*, colaboró en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* y en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*.

Allá por 1917-18, estuvo en Chile el marqués de Dosfuentes, que metió mucha bulla sobre el judeogalleguismo de Colón y otras imputaciones.

Al encuentro le salieron Omer Emeth, Ricardo Dávila Silva, Enrique Sanfuentes Correa, Roberto Hernández y otros.

Al conocer Sanfuentes Correa a don Roberto, le preguntó si le agradaría formar parte del servicio de la Biblioteca pública de Valparaíso, muy mal atendida por esos años. Así fue como Valparaíso debió primero a un sobrino del Presidente Sanfuentes y luego a los señores Santiago Severín y Tomás Eastman, el ingreso de don Roberto Hernández a lo que luego se iba a llamar Biblioteca Severín, que dirigiría desde 1929 hasta 1953.

En casa de Pedro Belisario Gálvez, había conocido en Santiago a una joven que le llenó el gusto desde el primer momento: Blanca Anderson. El tenía 10 años más que ella. Pero el amor es el amor, y Blanca y Roberto concluyeron casándose.

Además se completaban; él estaría en su trabajo; ella, de inteligencia clara y de gran capacidad organizadora, quedaría al frente de la casa, y luego, de la familia.

La ceremonia se realizó el 1º de enero de 1907 en la parroquia de San Clemente (provincia de Talca), donde era párroco don Ricardo Anderson, tío de la novia.

Tuvieron cinco hijos:

Roberto (1910-1933), Gabriel, Blanca, Amalia y Horacio.

Roberto murió soltero el 8 de marzo de 1933;

Gabriel casó con Nelly Anderson;

Horacio, con Eliana Anguita;

Blanca, con Horacio Ramírez Silva;

y Amalia, con Sebastián Gutiérrez.

Don Roberto Hernández fue hombre sobrio y con alguna preferencia por los vegetales.

En 1957 declaraba:

“En mi vida . . . no he bebido nunca una gota de alcohol ni tampoco he fumado nunca”.

Hasta el día que se le declaró una neumonía progresiva, años después de los ochenta, no supo de remedios.

Murió en paz con Dios y con los hombres la madrugada del 11 de enero de 1966, a los 89 años.

Había instalado su casa en Playa Ancha, en la calle Santa María 253.

Fue hombre sencillo, accesible, cordial, de trato grato y útil, y de buen humor permanente y parejo.

Su letra no era clara. Un día los linógrafos de *La Unión* determinaron pedirle que presentara a máquina sus artículos.

Don Roberto accedió. Se inscribió en un curso de dactilografía. Y en adelante ya no escribió sino a máquina.

No hacía vida social, sino de hogar; y no hay memoria de que algunas vez asistiera a comidas fuera de casa.

“Coexistían en él la difícil cualidad de saber disculpar las flaquezas humanas y la suficiente habilidad para ponerse a buen

recaudo de ellas cuando podían entorpecerle su trabajo”, nos dice una hija suya.

En las reuniones, ordinariamente hablaba sólo cuando ya lo habían hecho los demás. Pero, por lo general, se concluía haciendo lo que había propuesto él.

En los últimos años, ante la modificación de los quehaceres habituales, se le notaba cierto azoramiento como de niño pillado en una picardía.

Pero ni en los días últimos adoptó el papel de víctima ni perdió la serenidad.

Nunca fue rico. Pero en general fue el editor de los libros que escribió.

Era naturalmente generoso, antiutilitario.

Nos lo decía una hija suya y lo confirma Rodolfo Garcés Guzmán en un hermoso artículo de *La Estrella*:

—“¿El dinero? ¡No me venga con bolinas! Lo importante es la comprensión”.

Acaso como contrapeso a sus hábitos de gran lector, le gustaban las excursiones en tren, en automóvil. Y el *footing* lo practicó hasta bastante después de los 80 años.

Amigo de sus jefes desde don Emiliano Figueroa y don Miguel Cruchaga hasta don Enrique Delpiano, don Egidio Poblete y don Fernando Silva Maquieira, fue, en Melipilla, Santiago y Valparaíso, amigo de todos: jefes y gentes de menor estatura social.

Autodidacta, no les concedía interés a la enseñanza oficial ni a los títulos.

Si sus hijos fueron estudiosos, lo fueron por obra del ejemplo y porque les nacía de adentro; y si llegaron a tener título, fue porque lo quisieron ellos mismos.

Don Roberto, por su parte, había trabajado siempre en quehaceres de su gusto.

Como funcionario jamás fue otra cosa que periodista y bibliotecario.

Además, fue historiador y lector incansable.

Y como acopio previo de herramientas y también como consecuencia, logró formar una gran biblioteca personal.

Y era ciudadoso de los libros, de los suyos y no suyos.

Por estética y por higiene, no le gustaba que sus hijos leyeran libros en mal estado, ajados o desaseados.

Decir que era chileno es totalmente superfluo; lo era en tal grado que no concebía cómo se encomendaba a técnicos extranjeros la solución de problemas chilenos.

A propósito de las encinas de la plaza de San Carlos, escribe:

“Ojalá que no venga algún alcalde modernista que las eche abajo para formar algunos de esos prados parejos y sin gracia que llaman parque inglés” (*Una excursión*, 6).

Melipillano cabal y conecedor cariñoso de su patria chica, nadie mejor que él para ilustrar nombres u obras que correspondieran a ella. Así, no hay que extrañarse de que, cuando apareció *Gran señor y rajadiablos* de Barrios, don Roberto le consagrara uno de los mejores artículos.

De su copiosa bibliografía, hay producciones tan importantes como las tituladas *Las obras marítimas de Valparaíso y el puerto de San Antonio* (1920), *Valparaíso en 1827* (1927), *Los primeros teatros de Valparaíso* (1928), *El roto chileno* (1929), *El salitre* (1930), *Los chilenos en San Francisco de California* (1930), *Juan Godoy o el descubrimiento de Chañarcillo* (1932), *El curso de Leyes de los Sagrados Corazones de Valparaíso* (1932), *Los exámenes y el bachillerato* (1938), *Melipilla y algunos datos históricos sobre sus tradiciones regionales* (1940), *O'Higgins y Carrera en la batalla de Rancagua* (1944), *Una excursión histórica por la comarca de Arturo Prat* (1949), *Alrededor del centenario de José Toribio Medina* (1952), *Vistazo periodístico a los ochenta años* (1958).

Permítaseme decir algunas palabras sobre algunas de ellas.

Arraigado en Valparaíso por su trabajo en *La Unión* y en la Biblioteca pública, quiere a Valparaíso y siempre está haciendo

notar las vinculaciones porteñas de los hombres cuya memoria evoca; pero también tiene ojos y respeto a la justicia, y eso lo llevará, en su libro *Las obras marítimas*, a declarar que para puerto la bahía de Quintero tiene mejores condiciones que la de Valparaíso, y por melipillanismo y espíritu de justicia, a agregar que la bahía de San Antonio es el puerto nato de las provincias de Santiago, O'Higgins y Colchagua, aparte de poseer más condiciones naturales que Valparaíso.

Y esa convicción suya es tan fuerte y de tanto vigor expansivo, que, en 1925, su hijo Tito, de 15 años, hablará de la "eficiencia ridícula de las obras del puerto".

Con el crecimiento de San Antonio —ferrocarril, acondicionamiento como puerto y segregación como departamento— Melipilla, la madre, disminuirá en habitantes y recursos; pero ganará Chile, y eso es lo que, en último término, importa más.

Al concurso abierto por *El Mercurio* porteño para elegir una obra que reseñara la fundación y algo de su historia, se presentó sólo una y tan deficiente que el director del diario le pidió a don Roberto que escribiera algo más verídico y sensato. Así nació *Valparaíso en 1827*, que, aunque escrita con precipitación, a última hora, es un libro excelente dentro de lo que don Joaquín Lepeley pedía y el autor se propuso.

Sobre *Los primeros teatros de Valparaíso* dijo en su oportunidad Alone:

"Los aficionados al teatro hallarán aquí todos los datos imaginables y algunos que no se habían podido imaginar".

Pero esa sobreabundancia de materiales y notas que a veces no encajan del todo en el tema, no tiene por qué molestar a los curiosos del pasado, salvo, naturalmente a personas como Alone y otros de su cuerda.

Su estudio sobre *El Salitre* "tuvo el honor", como decía el mismo don Roberto, de ser comentado en Estados Unidos y de que

se tradujeran algunos de sus capítulos. Hoy es una rareza bibliográfica.

Sus *Noventa años en Chile*, historia del establecimiento de la Pacific Steam Navigation Company, es un trabajo de que se publicó sólo un extracto y desde luego se le suprimió un capítulo esencial: los antecedentes de la ley portaliana de navegación promulgada en 1836.

*Los chilenos en San Francisco de California* trata de la fiebre del oro en 1848 y años siguientes, la actuación de chilenos como los hermanos Luco, Pérez Rosales y sus primos, Felipe Fierro Talavera, Joaquín Murieta y mil más, en San Francisco y cercanías, sus épicas peleas con los yanquis, los negocios de los comerciantes de Valparaíso, la estafa de Paraff, etc.

La obra, apasionante, termina con el desentierro de una serie de artículos periodísticos de don Benjamín Vicuña Mackenna, a propósito del itinerario de Sergio Ossa, tercer hijo de don José Santos; o sea, *Terra ignota*, en tirada independiente, uno de los cuatro volúmenes con que don Roberto contribuyó a la celebración del centenario de don Benjamín en 1931. (Los otros tres volúmenes fueron: *Crónicas de Valparaíso*, *Crónicas viñamarinas* y *Algunos proverbios, refranes, motes y dichos nacionales*).

*Juan Godoy y el descubrimiento de Chañarcillo* tiene un título demasiado modesto y restringido: en realidad es una historia de Copiapó, Chañarcillo, Tres Puntas, Caracoles y otros minerales que permitieron a algunos chilenos la formación de riquezas que iban a durar, a condición de reflejarse en los fundos, viñas, canales, industrias y palacios del centro. Partes importantes de la obra son la historia del primer ferrocarril de Sudamérica y las revoluciones de 1851 y 1859.

Por sus páginas pasan Juan Godoy, Diego de Almeyda, José Antonio Moreno; Miguel, Tomás, Angel Custodio y sobre todo Pedro León Gallo; Agustín Edwards Ossandón, Carlos Lambert, Matías Cousiño, José Rojas Miranda, Vicente Subercaseaux, José María Montt, los Goyenechea de la Sierra, José Tomás Urmeneta, Maximiano Errázuriz, los Matta, Anselmo Carabantes, Diego Carvallo, los Díaz Gana, Rafael Barazarte, José Santos y Francisco Ignacio Ossa, Daniel Oliva, Enrique Villegas, José Joaquín Vallejo, Ignacio Domeyko, José Victorino Lastarria, Domingo Faustino Sarmiento y cien varones más, fuera de esas damas gloriosas que se llamaron doña Candelaria Goyenechea de Gallo y doña Juana Rosas de Edwards.

*Juan Godoy*, desde otro punto de vista, se puede considerar historia de la expansión del chileno del siglo xix hacia el norte, con incursiones hasta Antofagasta y Tarapacá, lo que provocará el malhumor de vecinos que no pueden tenernos cariño y la Guerra del Pacífico.

*El Curso de Leyes de los Sagrados Corazones de Valparaíso* tiene, para mí, mucha importancia: reúne datos históricos sobre la congregación en Chile, y, sobre todo, recuerda una de las grandes iniciativas privadas en bien de la educación.

Cuando la Sociedad Chilena de Historia y Geografía me hizo el honor de que a esta reunión homenaje trajera la representación de la institución, se acordó también sugerir a esta ilustre Municipalidad, como homenaje a un hijo también ilustre, el llamado a un concurso para una Historia del departamento de Melipilla como era hace años, desde Talagante al mar y desde Alhué a Casablanca.

Pero ahora, después de releer su estudio *Melipilla y algunos datos históricos sobre sus tradiciones regionales*, que la muerte de doña Blanca en 1940 impidió a don Roberto pasar más acá de la Guerra del Pacífico, creo que sería más aconsejable despren-

der ese estudio del volumen en que anda perdido, completarlo, agregarle algunas notas aclaratorias y publicarlo en volumen independiente, bajo el auspicio de la Municipalidad de Melipilla.

Su libro sobre *O'Higgins y Carrera en la batalla de Rancagua* está muy lejos de ser un libro más en la secular polémica. Es un aporte de gran erudición y sensatez, y que, además, como prenda de imparcialidad y seguridad en su tesis, recoge los artículos de sus contendores, proceder que ya había seguido en *El monopolio del Matadero Modelo*.

*Una excursión histórica por la comarca de Arturo Prat* parece un viaje a tierras exóticas, e independientemente de ese atractivo, nos descubre el abandono en que han quedado Quirihue, Ninhue y cercanías.

“No había sino líneas paralelas de escombros, que inspiraban un dolor mudo, como el silencio de sus ruinas”.

El folleto pinta a su autor de cuerpo entero, como *Melipilla y algunos datos históricos*.

Pero el libro que mejor pinta a don Roberto Hernández es *El roto chileno*.

*Juan Godoy* será un canto a los cateadores, exploradores y demás locos embrujados por el espejismo de la mina y que a veces triunfaron.

En *El roto chileno* se acuerda poco de los triunfadores.

Aquí le interesan el huaso, el inquilino, el peón, el marinero, el soldado, el roto, en fin; el hombre que no se acompleja mucho por ser de abajo, sino que a veces se atreve a mirar de igual a igual a los de arriba; porque, como me decía una vez un cura aristócrata, la pobreza es sólo un accidente, lo mismo que la riqueza.

Obra extensa, amena, entusiasta, tonificante y llena de anécdotas, ésta sobre el roto amante de su tierra, duro para el trabajo, bala para la talla.



Don Roberto Hernández, naturalmente, abogaba por que el pueblo, el auténtico pueblo humilde y sufrido, nunca estuviera ausente de los festejos oficiales de las grandes fechas, porque esas fechas no habrían podido ser gloriosas sin la participación del roto.

Otra lección de la obra: el cariño de don Roberto por el Chile viejo, por el Chile de otros días, en que el hombre del pueblo no necesitaba que un sindicato o un partido le fijara consignas para actuar: le bastaba su conciencia de chileno.

Entre sus trabajos inéditos, se cuenta uno sobre la fundación de *La Unión* de Valparaíso y el período en que estuvo a cargo de don Zorobabel Rodríguez, o sea, hasta 1891.

Don Roberto fue un verdadero animador del pasado.

Y a veces evoca hechos y figuras semiolvidados, humildes.

No emprendió sino historias locales, o aspectos de un período, sin desdeñar la *petite histoire*, la anécdota, el chascarrillo.

En lo cual se asemejó a su admirado don Benjamín Vicuña Mackenna, aunque sin compartir su proclividad imaginativa.

A veces prefiere dejar que hablen los documentos.

Y como fuente de información, fuera de los archivos, con mucha frecuencia acudió a las noticias que quedaron registradas en los periódicos.

En su estudio sobre Medina escribe:

“Es de rigor, en todo evento, conservar la indispensable unidad e ilación en lo escrito”.

Pero él no siempre lo conseguía.

Es desordenado. Está contando o citando algo; surge un nombre merecedor de alguna anotación y ya tenemos a don Roberto interrumpiéndose para decirnos quién era aquel señor y dónde había actuado antes; y sólo después de intercalar su anotación, prosigue.

A veces también, por hábito periodístico, era descuidado fuera de desordenado.

Las imprentas porteñas son malas.

Por eso, hoy nos resulta difícil saber si las herejías ortográficas de los libros de don Roberto Hernández se deben a él o a los linógrafos.

Pero cuando se trata de deslices en los datos, no tenemos por qué echar la culpa a los imprenteros.

Así, en la pág. 209 de su *Juan Godoy* a Carlos Bello lo llama *novelista* en vez de dramaturgo, y en la pág. 593 de *El roto chileno* se baraja equivocadamente a los hermanos Palacios (Únicamente don Senén participó en la batalla de Tacna; Nicolás llegó cuando su hermano menor, herido de gravedad y afónico, sólo de milagro podía esperar librarse de la muerte. Por lo demás, don Senén no murió en 1909, como apunta don Roberto, sino en 1927).

Con frecuencia cierra o interrumpe sus relatos para expresar su parecer en frases pintorescas:

“Como el miedo es cosa viva, el periodista peruano le vio dos filos al corvo en vez de uno. ¡Por poco no le vio filos hasta en la cacha!” (*El roto chileno*, 217).

“Ésas sí que eran bravas cuecas, tocadas con arpa y guitarra, con estrépito de un zafarrancho de combate!” (*El roto chileno*, 515).

“¡Felices tiempos aquellos en que no había que preocuparse absolutamente sobre la dotación del lago Peñuelas y en que el agua se tenía pura en abundancia, corriendo cristalina de todas las quebradas!” (*Valparaíso en 1827*, p. 141).

A propósito de una reclamación de Pablo Ramírez acerca del Curso de Leyes de los PP. FF. de Valparaíso, “congregación extranjera”, don Roberto daba los nombres de los profesores, *chilenísimos*, y agregaba: “Toda una legión de extranjeros, como se ve” (p. 68).

Tiene simpatía hacia los hacedores de riqueza generosa, pero más todavía, hacia las víctimas de lesión enorme, como Juan Godoy, don Bernardo Solar, Francisco Arriagada, Ambrosio Regumilla.

Le entusiasaban las personalidades que hicieron algo: Portales, Urmeneta, José Santos Ossa, Diego de Almeyda, Vicuña Mac-

kenna, doña Candelaria Goyenechea, doña Juana Ross, Pedro León Gallo, Juan Godoy, Joaquín Murieta, Matías Cousiño, Jorge Rojas Miranda.

Su devoción por Vicuña Mackenna lo llevó en 1930-31 a exhumar cuatro volúmenes de artículos de don Benjamín.

Y su simpatía por don Matías se revelaba hasta en exclamaciones como las siguientes, a propósito del barco llamado, así: "¡No había de tener el nombre que llevaba!" "¡No había de ser don Matías Cousiño!"

No le dieron a don Roberto el Premio Nacional de Periodismo, que tanto mereció. Pero, naturalmente, la seriedad de sus conocimientos, su espíritu de trabajo, el valor de sus publicaciones y la valentía de sus campañas, tenían que valerle compensaciones honoríficas. Ejemplos: sus títulos de miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la Academia Chilena de la Lengua.

Pero a veces a mí se me figura que él se sintió más ufano el día de otoño de 1913, cuando recibió la invitación a presenciar la inauguración del monumento a Serrano en la Plaza de Armas de Melipilla, y sobre todo cuando, allá por sus 70 lozanos años, se veía rodeado de hijos buenos y sanos que le prometían nietos.

#### BIBLIOGRAFIA

- Apuntes históricos sobre el movimiento literario general de Valparaíso*, en edición extraordinaria de la revista ZIG-ZAG, en Santiago, 1921, 12 págs.
- Algunos aspectos históricos, políticos y administrativos de Valparaíso a contar desde la Independencia*, Valparaíso, Imp. Victoria, 1924.
- Las obras marítimas de Valparaíso y el puerto de San Antonio. La concesión de Quintero*, V, Imp. Victoria, 1926, 318 págs. de formato grande.
- El monopolio del Matadero Modelo de Valparaíso*, V, Imp. Victoria, 1927, 184 págs.
- Valparaíso en 1827... Una reseña histórica local, con motivo del centenario de EL MERCURIO*, V, Imp. Victoria, 1927, 422 págs.

- Los primeros teatros de Valparaíso y el desarrollo general de nuestros espectáculos públicos*, V, Imp. San Rafael, 1928, 663 págs. de formato grande.
- El Roto Chileno*, V, Imp. Victoria, 1929, 651 págs.
- Los primeros pasos del arte tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso. Camilo Henríquez y la publicación de LA AURORA DE CHILE*, folleto de 47 págs. V, Imp. Victoria, 1930.
- El Salitre. Resumen histórico desde su descubrimiento y explotación*, V, Fisher Hnos., 1930, 201 págs. de formato grande.
- Noventa años en Chile. El relato del establecimiento de la navegación por vapor en el Pacífico*, V, octubre de 1930, Imp. de la FSNc.
- Los chilenos en San Francisco de California*, V, Imp. San Rafael, 1930, dos volúmenes de 415 y 389 págs.
- Terra ignota, o sea, viaje del país de la crisis al mundo de las maravillas. En el centenario de Vicuña Mackenna*, V, 1930, 295 págs.
- Crónicas viñamarinas. En el centenario de Vicuña Mackenna*, V, Talleres Gráficos Salesianos, 1931, 203 págs.
- Crónicas de Valparaíso. En el centenario de Vicuña Mackenna*, V, Imp. Victoria, 1931, 242 págs.
- Algunos proverbios, refranes, motes y dichos nacionales. En el centenario de Vicuña Mackenna*, V, Talleres Gráficos Salesianos, 1931, 160 págs.
- El Curso de Leyes de los Sagrados Corazones de Valparaíso. Reminiscencias de una iniciativa particular con treinta años de vida*, V, Fisher Hnos., 1932, 162 págs. de formato grande.
- Juan Godoy o el descubrimiento de Chañarillo*, V, Imp. Victoria, 1932, dos volúmenes de 677 págs.
- In memoriam. Roberto Hernández Anderson*, V, Imp. Victoria, 1934, 215 págs.
- Don Diego Portales y Valparaíso*, V, Imprenta Universitaria, 1937, 89 págs.
- El general Necochea y la crónica de un siglo atrás*, S, Imprenta Universitaria, 1938, 118 págs.
- Los exámenes y el bachillerato. Algunos aspectos de la crisis de nuestra enseñanza*, V, Imp. Imperial, 1938, 118 págs.
- Melipilla y algunos datos históricos sobre sus tradiciones regionales*, en el volumen titulado *Melipilla y su Congreso eucarístico*, V, Talleres de El Imparcial, 1940, 30 págs. de formato grande.
- El desastre financiero de la Municipalidad de Valparaíso*, V, Imp. Europa, 1943, 151 págs.
- O'Higgins y Carrera en la Batalla de Rancagua. Polémica histórica en LA UNIÓN de Valparaíso*, V, Imp. La Unión, 1944, 444 págs.
- Una excursión histórica por la comarca de Arturo Prat*, V, Imp. Victoria, 1949, 76 págs.
- Alrededor del centenario de José Toribio Medina*, S, 1952, 103 págs., tirada aparte de ATENEA, N.os 327-328, septiembre-octubre de 1952.

---

*El fundador de Melipilla y el convento de San Agustín*, separata del BOLETÍN DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA, Nº 51, segundo semestre de 1954, págs. 63-76.

*Vistazo periodístico a los ochenta años*, V, Imp. Victoria, 1958, 122 págs.

ALFONSO M. ESCUDERO, O. S. A.